

# Los papeles de Eliseo Diego

*Josefina de Diego*

DESDE MUY NIÑOS, MAMÁ NOS ENSEÑÓ QUE EL ESTUDIO DE papá era un recinto muy especial. Cuando fuimos mayores papá nos permitió compartirlo no sólo con él, sino con nuestros amigos. El estudio de papá sería, siempre, el lugar más acogedor de la casa. Pero había rincones secretos, gaveticas cerradas, armarios intocables (“*el Armero de mi padre*”), que formaban parte de su más absoluta privacidad. Sólo después de su muerte, y urgida por necesidades nada sublimes (relacionadas, entre otras cosas, con declaratorias de herederos, traspaso de pensiones, etc.) fue que me dediqué a penetrar esas zonas, para mí misteriosas y, al mismo tiempo, fascinantes. Creo que muchas de las cosas que encontré papá las había olvidado o, incluso, no las conocía (sobre todo las que guardaba su madre). A veces pienso que le hubiera gustado tener sus papeles así de ordenados, como están ahora, y que yo nunca me ofrecí a hacerlo. Pero creo que, en realidad, no lo deseaba, porque en esas gaveticas guardaba sus tesoros, a los que sólo él debía tener acceso. Y creo que hice bien.

Entre los documentos guardados hay muchos certificados de nacimiento, matrimonio, bautizo y muerte, y, por ellos, he podido ir completando datos de su vida y de su familia. El nombre completo de papá era Eliseo Julio de Jesús de Diego Fernández-Cuervo. Nunca usó el “de” de De Diego, justamente por los problemas que me ha ocasionado, ahora mismo, a mí. Pero firmar Eliseo Diego, solamente, también le trajo algunos trastornos. Hace muchos años, todavía en Arroyo Naranjo, le regalaron una antología de escritores cubanos publicada en España y, para su sorpresa, no aparecía él, sino un poeta desconocido para todos, que se había apropiado de sus versos, y cuyo nombre era Diego Fernández.

Como muchos saben, papá era hijo de Constante de Diego González, natural de Infiesto, Asturias, y de Berta Fernández-Cuervo y Giberga, natural de La Habana. De

su familia paterna poco sabemos, sólo que sus abuelos se llamaban Juan José y Manuela, él de Santander y ella de Asturias. Su madre era hija de asturiano y catalana, los señores Sandalio Fernández-Cuervo y Cuervo Arango y Amelia Giberga Galí. La abuela Amelia, que parece haber sido una señora de mucho carácter, era hermana del famoso autonomista Eliseo Giberga (papá es nombrado Eliseo por su tío abuelo, a quien su madre, Berta, admiraba mucho) y de los mambises Octavio (Teniente Coronel) y Benjamín. Otra Giberga, Margarita, se casó con Félix Fernández de Castro, también mambí. O sea, el apellido Giberga, tan asociado al movimiento autonomista, tenía más mambises que autonomistas en la familia. Los Giberga no sólo eran políticos sino también poetas o, más bien, amantes de la poesía y poetas ocasionales. De Benjamín se conocen sus trabajos como traductor de poesía y poeta por la antología realizada por Cintio Vitier y Fina García Marruz, *Flor oculta de poesía cubana* (Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1978). Del polémico Eliseo Giberga no se conoce esta faceta de su vida pero, entre los documentos encontrados, apareció un libro de poemas de Eliseo Giberga, (edición privada, La Habana, 1909) titulado *Tempora acta*, con algunos poemas dignos de ser recogidos en un, quizás, segundo tomo de *Flor oculta*.

La ascendencia de papá es toda de origen español, de Asturias y Barcelona, fundamentalmente pero, de pronto, como por accidente, apareció una bisabuela francesa, Amélie Josephine Thérèse Galí Pastor, nacida en Carcassonne, Francia, en 1831, hija de los catalanes Raymond Galí, coronel español y de Josephine Pastor.

Pero no quiero cansarlos más con el árbol genealógico-familiar. Entre los documentos interesantes e importantes hallados se encuentran:

**CUENTOS Y POEMAS INFANTILES.** En una maleta carcomida por la humedad y el tiempo, dentro de un sobre lleno de polvo, aparecieron cuatro cuentos y un poema escrito por papá entre los 8 y los 13 años. Tres de los cuentos aparecen manuscritos, dos de ellos pasados a maquineta. El primer cuento, escrito a los 8 años se llama “Aventuras del Capitán Gato” y narra las peripecias del capitán español Fernando Gato quien sufre todo tipo de percances, desde el naufragio de su buque y el encuentro con sangrientos tiburones, hasta una batalla campal con antropófagos en unas islas del Pacífico. El otro cuento, “Aventuras de Pilín”, escrito a los 11 años, trata sobre la hormiguita Pilín, heredera de un Reino, a quien le suceden, también, muchas cosas. El tercer cuento, “La revolución de las ratas”, está inconcluso. “La ratica golosa” es muy breve, de cinco renglones, mecanografiado. El poema “Ante el reloj” aparece mecanografiado y, según recuerda Cintio, papá debe haberlo escrito cuando tenía 13 años, aproximadamente. El poema trata sobre el paso implacable e indiferente del tiempo, a partir de las manecillas del reloj, como un tic tac: “son las mismas / nada cambia / la rutina / de la aguja / del reloj”.

**PROSA JUVENIL.** Páginas sueltas, a mano y mecanografiadas, de cuentos, posiblemente escritos en la época de *En las oscuras manos del olvido* (1940-1945,

más o menos). También un libro completo, dividido como en viñetas. Transcribo una de ellas: “Con tantas cosas como tenías, buena, querida noche, el alba te las quitará todas. Del mismo modo venía un amanecer y sorprendía mis cosas, mis lápices, mis libros, transidos de frío, de un frío venido del mismo sol, quietos en sólo un largo panorama de árboles nuevos, del que estamos ya ausentes tú yo”.

**PERIÓDICOS.** Su madre, Berta, tenía celosamente agrupados los primeros periódicos en los que se menciona a papá, sus libros y al Grupo Orígenes. Comentarios y críticas de Gastón Baquero, Salvador Bueno, Ramiro Guerra Sánchez, Alberto Baeza Flores, Roberto Fernández Retamar, Severo Sarduy, Rafael Marquina, Alejo Carpentier, publicados en los años 1942 y 1958, en diferentes periódicos y revistas. En el *Diario de la Marina*, el 13 de octubre de 1946, escribe Gastón (que firma el artículo con el seudónimo de “Abundio de Mendoza”) sobre *Divertimentos*: “No es posible, en un libro como éste, señalarle al lector las mejores páginas, ni el instante feliz por excelencia. Este libro está trabajado de punta a punta, como un diamante. Un estilo sostenido, siempre de música íntima, de prosa que no quiere ser sino un vehículo de encantamiento, pone su sello en cada página, desde el título hasta el punto final. Parece el libro de un maestro, o de un escritor que comienza ahora a escribir, pero poseyendo ya la destreza, la habilidad literaria, la recta puntería de alguien que se ha familiarizado con los mejores prosistas que son afines a su tipo de imaginación y de vocación”.

**ESQUEMA DE UNA NOVELA.** *Narración de un domingo*, (1945). No recuerdo haber escuchado a papá hablar sobre este proyecto. No se si lo olvidó, si se le extravió, si lo desechó. El esquema está mecanografiado y manuscrito, y se desarrolla en el mundo de los sueños. Según explica papá: “El texto está escrito en primera persona por Cayetano, el protagonista (...) A dos sueños, como a las dos corrientes principales de un río, intentó entregar su peso inconmovible. El primero corresponde a su adolescencia. Es el más ingenuo, el menos *original*, el más puro (...) El segundo corresponde a su madurez. La segunda parte de la novela y de la vida de Cayetano será dedicada a la recuperación de la experiencia de una tarde. Esta experiencia, sin embargo, es sólo un sueño. La segunda parte de la vida de Cayetano está edificada sobre un sueño”. Curiosamente, cuando hojeaba la novela para preparar estas notas, en una página en la que papá, obviamente, probaba una pluma que se le había roto –y que, al parecer, él mismo se había regalado– apuntó: “esta *Narración de domingo* fue comenzada pero, ¿cuándo será terminada? ¿cuándo? Nunca. Esa es mi opinión. Gracias mi amigo. Su amigo y compañero, Don Eliseo Diego” (nota: papá acostumbraba a “autodedicarse” algunos libros. Por ejemplo, este de *The Black Curtain*, “to Eliseo, with heart-felt affection, from Eliseo”)

**CORRESPONDENCIA.** La correspondencia entre papá y mamá es enorme. Las primeras cartas son del año 41, cuando mamá se pasó una temporada en

Camagüey. Después viene la de los viajes de papá a los Estados Unidos, en los 46 y 51-52. La letra de papá, sobre todo la de principios de los 40 es, sencillamente irreconocible. Cuando le pregunté a mamá, me respondió: “¡Ah!, esa era la época de los ‘rabos’”. Una letra grande, espaciosa, como dibujada, hacia abajo que, en ocasiones, hace muy difícil la lectura. A medida que pasan los años, la letra se va reduciendo. Podría pensarse que el paso de la prosa a la poesía requeriría de una contención, también, en el trazo. La primera carta de Cintio a papá es del año 1939. Hay muchas, de su madre, de Fina, de Agustín, de sus primos.

Papá guardaba todas sus cartas. Desde las de Jorge Guillén, Florit, Lezama, o Julián, hasta las de admiradores remotos, de Sancti Spíritus o Medellín. Particularmente conmovedoras son las cartas del nicaragüense Don José Coronel Urtecho, “poeta de los grandes”, como diría papá. Tuve el privilegio de conocer a Coronel y de disfrutar de esa amistad. Existía entre ellos una complicidad juguetona, se reían a carcajadas inventando aventuras que, aseguraban, les habían ocurrido en “aquel viaje a Bluefields”. Cada vez que papá visitaba Nicaragua sabía que, al pie de la escalerilla del avión, lo estaría esperando Don José, con su boina negra, su bastón y esa mirada, eternamente limpia y traviesa, de sus ojos azules. En una de las primeras cartas a papá, le dice: “...Lo que yo sé es que de estos últimos viajes míos, mi viaje a Cuba y nuestro viaje a la Costa Atlántica de Nicaragua, entre las cosas tan importantes que he obtenido, la más importante, por lo menos tan importante como todas ellas juntas, es un amigo. Mi nuevo amigo Eliseo Diego (...) He estado meditando acerca de la amistad, una cosa en la que antes nunca había pensado, ni reparado casi en ella, dándola por sabida, como el aire y la luz. Y si había pensado, acaso, alguna vez, cuando leía algo sobre ella, nada había podido extraer por mi cuenta, nada que para mí tuviera verdadero sentido. En cambio, mis actuales meditaciones me han revelado de la amistad aspectos y realidades que no te voy aquí a comunicar, no te preocupes, aunque quizás después pueda trasladarlas al papel en alguna forma. No, desde luego, que haya descubierto la pólvora. Sólo quiero decirte ahora, algo bien conocido de todos, aunque no todo el mundo lo acepte: que la amistad, para existir, no necesita ser recíproca. Aún cuando lo sea, no es la reciprocidad lo que la constituye. Yo puedo ser tu amigo sin que tú seas amigo mío. Podrías no saber siquiera que yo me siento amigo tuyo. Yo, por ejemplo, me siento amigo de Rubén Darío, al que no conocí personalmente, ni supo siquiera que yo existía. También me estoy haciendo ahora y espero que todos los nicaragüenses lo sean pronto, amigo de Martí. (...) Conozco, por ejemplo, el caso de Fina, que es una de sus amigas más íntimas. Todo esto es sólo para explicarte cómo me siento amigo tuyo”.

Papá compartía, absolutamente, estas convicciones de Coronel, y así lo manifiesta en su libro de traducciones, *Conversación con los difuntos*: “No sólo son nuestros amigos aquellos a quienes vemos casi a diario, o en un de cuando en cuando que es el tiempo de toda una vida. Si la amistad, más que presencia es compañía, también lo serán aquellos otros con quienes jamás pudimos conversar porque nos separan abismos de tiempo inexorables”. Don José murió 18 días después que papá, el 19 de marzo, día de su santo.

**TESTIMONIOS.** Un pequeño cuaderno preparado con motivo de su cumpleaños 50 recoge testimonios de familiares y amigos, entre ellos los de su madre, Bella, Fina, Octavio Smith, Lichi su hijo, Cleva Solís.

Transcribo las de Octavio:

“Eliseo, desde las mañanas pasadas en los corredores –no en las aulas ¡ay!– de la vieja escuela de Letras; desde aquella oda en griego impecable con que hacías loor a alguien que los dos queremos, y que recuerdo terminaba ‘¡Ott, Ott, Ott!’; desde mi primera vez en casa de las hermanitas; desde que ellas y tú, Cintio y Agustín venían, más de un domingo por la noche, a rescatarme de la temprana y desoladora dormición de Empedrado, y de pronto la alegría de los jóvenes bolsillos desprovistos estaba dignificando la cafetería niquelada; desde la noche distinta –cuán rica una parsimonia juvenil– en tu casa de la calle Línea, enseñados los dos en tu estudio por la penumbra en torno a la lámpara de mesa, Bellita allá dentro a punto de llamar para la cena y tú dedicándome con tu letra de códice el ejemplar ilustrado de *Gaspar de la noche* que no ha dejado de asistirme; desde entonces y a través de cuánto, Eliseo, qué intrincado se ha hecho, y cuán decididamente abrumador y dulce, este plural de tú, yo y los que sabemos. Qué bravo el pequeño ejército sabe decir “hemos vivido” y aguardar, entre conversaciones con muchas pautas y bienestares, las imponentes postrimerías, es decir, el principio”.

También aparecieron poemas y felicitaciones de Guillén, con quien papá mantuvo una entrañable y cariñosa amistad. En una especie de postal preparada, parece ser, por el propio Nicolás, le dice: “Pienso, Eliseo, esta vez / si no sale mal la cuenta / que en lugar de los cincuenta / prefieres cinco de a diez”.

Se haría muy larga la enumeración de todo lo guardado: traducciones, conferencias, manuscritos, carpeticas llenas de apuntes, informes de lecturas de libros, etc.

**POESÍA.** Para finalizar, haré referencia a la poesía. En la antología *La sed de lo perdido* (Ediciones del Equilibrista, México, 1993), aparece una sección que papá llamó *Poemas al margen*, no incluidos en libros anteriores, escritos entre 1946 y 1992. En México saldrá un libro que preparó con estos y otros poemas. En las gaveticas, también encontré poemas escritos en diferentes épocas. El libro *Prosas escogidas* (Letras Cubanas, La Habana, 1983), recoge la conferencia leída en el Lyceum de La Habana en 1958. En esta conferencia, habla del primer poema que escribió “en serio”. Según papá: “Fue escrito hace más que quisiera y estaba olvidado entre otros papeles oscuros que removí por ustedes. Me es particularmente querido porque gozó del favor de una muchacha que ha cumplido para mí los suavísimos, misteriosos oficios de una hermana”. Gracias, también, a la tía Fina, apareció ahora otro soneto escrito con su letra que papá le regaló en 1953, con una nota que dice: “Fina copió, no sé cuándo, no sé por qué, este poema mío, uno de los dos primeros sonetos que escribí. Me complace conservarlo”.

Quisiera terminar estas palabras con su lectura:

## Venid, amigos, a la fiesta mía

*Venid, amigos, a la fiesta mía,  
a donde el campo grava el sol de rojo,  
campo mi sangre en que mi vida acojo;  
árbol mi sangre en que se encarna el día.*

*Pues mi casa renace en alegría  
y el diario pan su eterno sol ofrece  
criaturas de mi sueño que os merece,  
venid, amigos, a la fiesta mía.*

*Veréis que entera os doy la antigua tarde,  
el camino y el árbol, la palabra  
querida que dijimos ya muy tarde.*

*Pues cuando el pecho mi vigilia abra,  
vendréis donde mi pan, donde mi vino arde,  
al abrigado amor de mi palabra.*

Eliseo Diego

